

RESULTA DIFÍCIL que el mundo académico acepte no ya la singularidad del hecho teatral, sino su existencia como fenómeno estético, comunicativo, social, político, etc., más allá de los límites de la literatura dramática. Esta consideración, a caballo entre la obiedad y el tópico, mantiene una vigencia tan tenaz como inexplicable, pese a que no falten excepciones e iniciativas —algunas de ellas con una larga y brillante tradición— que consideran el hecho escénico como un fenómeno digno de ser atendido. Pero, a pesar de lo que se dice pomposamente en muchas ocasiones, esta situación dista mucho de ser la tónica común en los medios universitarios.

A la hora de plantear las relaciones entre Universidad y Teatro solemos dar siempre por supuestas dos conclusiones: la primera, que esas relaciones son necesarias, y la segunda que, al menos aquí y ahora, son insuficientes. Esta segunda suele llevar además aparejado un juicio con frecuencia negativo, cuando no desalentador y hasta despectivo.

La necesidad de esas relaciones deriva de la universalidad del interés intelectual propio de la institución universitaria y del hecho de que el teatro constituya una de las manifestaciones artísticas, comunicativas e ideológicas con más tradición entre las que ha desarrollado el espíritu humano. En este plano de las generalidades no parece que puedan plantearse excesivas discusiones. Sin embargo, no existe unanimidad sobre la clase de relaciones que deben establecerse entre la Universidad y el Teatro. No es éste el momento de abordar una polémica que con frecuencia se ha tornado agria o ha escondido no pocos intereses o hasta enemistades personales, pero no parece que esté de más comenzar transitar unos caminos tan poco andados como los que conducen al reconocimiento de las distintas facetas del teatro y la curiosidad por ellas.

Éste ha sido el motivo que ha inspirado las Jornadas de Teatro celebradas en la Universidad de Navarra durante el mes de mayo de 2001, en las que se han reunido distintos profesionales —muchos de ellos de extraordinario prestigio— que desempeñan su tarea en el mundo del teatro o en el de sus aledaños.

Creadores, gestores y profesores y estudiosos se han reunido para hablar de la producción y la gestión teatral, de los aspectos escénicos y arquitectónicos, de las posibilidades y dificultades de determinadas maneras y fórmulas de hacer teatro, de los modelos de organización teatral en otros países, del papel de los poderes públicos en la exhibición y la distribución de los espectáculos, del actor y de su formación, de los estudios teatrales, de la crítica, de modelos teóricos de análisis del espectáculo, etc., en un programa ciertamente apretado, pero que discurrió de manera fluida y amena entre ponencias y coloquios que confirmaron la oportunidad del encuentro y abrieron horizontes modestos, pero optimistas, en lo que se refiere a las delicadas relaciones entre Universidad y Teatro.

Se ofrecen a continuación muchos de los materiales surgidos de aquel evento. No faltan en ellos el rigor, ni la calidad, pero el lector tal vez se sorprenda al advertir que el usual tono académico no siempre está presente en ellos. Desde el principio se pensó en la conveniencia de que el lenguaje de estos trabajos pudiera ser más directo y menos encorsetado en moldes previamente establecidos, acorde con un acercamiento más preciso al fenómeno teatral y al servicio del propósito que motivaba las Jornadas y no, por el contrario, dependiente de un estilo que no siempre resulta el más adecuado.

Las Jornadas —y la publicación— han sido posibles gracias a la colaboración de tres entidades de la Universidad de Navarra: el Departamento de Literatura, la Licenciatura en Humanidades y el Centro de Estudios Europeos. Quizá resulte extraño ver asociadas estas dos últimas instituciones a este proyecto: la Licenciatura en Humanidades engloba una especialidad en Gestión Cultural, que viene prestando especial interés al mundo del teatro. Y el Centro de Estudios Europeos se ha especializado en temas relacionados con las políticas culturales y es altamente sensible a los temas culturales en una Europa configurada por la cultura más que por cualquier otro factor.

EDUARDO PÉREZ-RASILLA

ENRIQUE BANÚS